







MELANCOLÍA I
JUAN DIEGO INCARDONA

- Ilustrado por: ARIEL LÓPEZ V.

**El título hace referencia a un grabado de Alberto Durer, que después sería tomado por Jean Paul Sartre como título original de la Nausea.*

Incardona, Juan Diego

Melancolía I / Juan Diego Incardona ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Ariel López V.. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 118 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 2)

ISBN 978-987-3772-06-1

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. López V., Ariel, ilus. IV. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

————— **Ministerio de Cultura** —————

Franco Vitali
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi
Ministra de Cultura



JUAN DIEGO INCARDONA

BUENOS AIRES, 1971. Publicó *Objetos maravillosos* (2007), *Villa Celina* (2008), *El campito* (2009), *Rock barrial* (2010), *Amor bajo cero* (2013) y relatos en varias antologías. Dirigió la revista *El interpretador* (www.elinterpretador.com.ar) Actualmente, trabaja en el programa *Memoria en Movimiento* de la Secretaría de Comunicación Pública, coordina ciclos de cine en el ECUÑHi, y es colum-

nista de literatura en el programa *Viaje al centro de la noche* (Radio América AM 1190). Mantiene el blog:

- diasqueseempujanendesorden.blogspot.com.



ARIEL LÓPEZ V.

VICENTE LÓPEZ, BUENOS AIRES, 1974.
Es historietista, ilustrador y animador.
Publicó en los principales medios gráficos de Argentina, como también en ediciones independientes y fanzines.

Sus trabajos fueron publicados en España, Italia, Francia, Chile, Peru, Brasil y EE UU. Expuso sus obras en el Centro Cultural Recoleta, C.C.Gral. San Martín y en diferentes galerías de Bs.

As. En 2012 se editó *Inhumano* libro que compila historietas e ilustraciones realizadas desde el 2006. Fue premiado en diversos concursos y festivales internacionales.

EL OREJA



Lo conocí en la bodega de un barco. Ambos vestíamos trajes a rayas, teníamos engrillados los pies y las muñecas, y nuestras caras estaban manchadas de carbón. Tosíamos negro debido al humo de los motores. Cuando lo vi por primera vez, lo reconocí enseguida. Él era un criminal famoso y su foto había

salido en los diarios. Era tal cual lo retrataban: un pequeño monstruo, bajo, cabeza chiquita, cejas gruesas, un par de orejas gigantes que le daban apariencia de duende, y una mirada perdida e idiota, como la de un pez.

El viaje fue largo y terrible, el peor castigo que nuestros cuerpos habían soportado hasta entonces, pero esto no sería nada, apenas se trataba de un pequeño anticipo de sufrimientos mayores, que deberíamos padecer durante muchos años.



El mar nos zarandeaba día y noche, y yo hubiese jurado que nos masticaba la misma boca del infierno. Llegado el momento, nos tragaría a todos, en esa isla maldita del sur que llamaban La Tierra. Allí, acababa de inaugurarse la prisión más desolada y fría que se haya inventado: La Cárcel del Fin del Mundo.

Cuando llegamos, nos pusieron uno al lado del otro. Él, era el preso Número 90; yo, el Número 91. Su cercanía me causaba repulsión. Sin embargo, debo confesar que siempre estuve pendiente

de lo que hacía, lo espiaba, y escuchaba con atención los ruidos de su celda.

—¿Cómo te llamás? —me preguntó la primera noche.

Su voz añorada me resultaba diabólica. Miré alrededor: el calabozo estaba iluminado por un farol de afuera, puesto cerca de mi ventanita. Me estaba muriendo de frío.

—Yo soy Cayetano —dijo, y por el costado izquierdo de la reja asomó su mano.

Me acerqué, silencioso. Él no podía



verme, porque una pared de ladrillos nos separaba. Sus dedos temblaban igual que los míos. Le miré la mano durante un rato, esperando en el aire. No la estreché. Quién sabe qué podía hacerme si lo tocaba.

Era degenerado, asesino y pirómano. Todos conocían su historia. Dicen que cuando lo capturaron, pensaban que estaba fuera de sus cabales, que no era consciente de sus actos. Según los médicos, sufría de imbecilidad y alienación mental. Esas son las palabras

que salieron en los diarios. Entonces lo internaron en un Hospicio, y parecía que iba a salvarse de la cárcel. Pero al final, el juez lo mandó preso como a cualquier hijo de vecino, por no ser un completo imbécil, como pedía la ley en estos casos.

No se sabe bien a cuántos mató, pero hay algo que es seguro: todos fueron niños. A un bebé lo aplastó con una piedra, a una nena la prendió fuego viva en su vestidito de comunión, y a un chico, después de estrangularlo, le martilló un



clavo en la cabeza.

Quemaba casas y galpones, porque le gustaba ver a los bomberos. Además, cazaba animales, y los torturaba lentamente. De esto último puedo dar fe.

Dos por tres, se escuchaba algo raro, proveniente de su celda. Era una especie de quejido, que disminuía poco a poco. Al principio, no entendía bien de qué se trataba, pero con el tiempo me fui enterando. Resulta que en las comidas, El Oreja siempre guardaba migas de pan. Muchas veces lo vi hacer esto,

pero nunca le di importancia al asunto, ni me detuve a pensarlo. Un rato después, ya de vuelta en su celda, agarraba las migas y las desparramaba por el borde de la ventanita, para atraer a las gaviotas. Podía pasar horas mirando por ese huequito de luz. Tarde o temprano, algún pájaro caía en la trampa, sin sospechar el peligro que corría. A veces, sacaba la mano por la ventana, con las migas en la palma abierta, y se quedaba quieto como una estatua. Cuando la gaviota se ponía a picotear, el ena-



no maldito la atrapaba. De este modo, empezaba un largo proceso de mutilaciones, que el ave debía soportar hasta morir. Siempre pienso en esas gaviotas. Entre tantas pesadillas, también sueño con ellas. Imagino sus ojos aterrorizados, pidiendo piedad de alguna manera, retorciéndose sin entender qué eran esos pinchazos, esas sensaciones que las desgarraban.

En ocasiones, el lamento de los pájaros se mezclaba con la voz de Cayetano, que hablaba en voz baja, o gemía

de placer. Mientras las torturaba, le gustaba masturbarse. Lo hacía largo tiempo. Acababa, y después empezaba de nuevo, con una resistencia increíble. A veces, en el pasillo volaban plumas. Era algo de suma belleza, pero de una tristeza profunda, de una angustia que no era de este mundo. Yo creo que el infierno debe ser parecido, algo lindo de ver y terrible de sentir.

A medida que fue pasando el tiempo, mi vecino cazaba pájaros con mayor frecuencia. Tantas horas y dedicación



lo habían entrenado en este oficio cruel. Debo confesar que, en parte, yo también fui cómplice de aquellos suplicios, porque jamás moví un dedo para detenerlo. Podría haberle dicho algo, golpeado la pared, llamado a los guardias, pero no lo hice. Siempre me mantuve al margen, por más que estos hechos me dieran bronca y pena. Ahora, después de tantos años, siento una gran culpa, pero en aquella época, no sé por qué, me quedaba paralizado, de pie o sentado en la cama, escuchando cada detalle

de la morbosidad, tal vez curioso, pero más que nada impotente. De alguna manera, la crudeza de aquella violencia tenía algo de santidad. Era como una luz de frente, que me encandilaba y no me dejaba hacer ninguna otra cosa, aunque en este caso su brillo fuese oscuro, negro, o directamente invisible.

Una vez, sin embargo, no pudo cumplir su cometido, aunque esto no fue gracias a mí, sino al temperamento del pájaro en cuestión, que se rebeló desde el comienzo, de un modo insólito. Esa



gaviota iba a ser su pájaro de mal agüero; había llegado para vengar a tantas hermanas muertas. Yo sentía que algo raro estaba pasando. El Oreja hablaba muy alto, casi a los gritos. Aparentemente, cuando se disponía a lastimar a su presa igual que de costumbre, el ave, aprovechando un error de su enemigo, se zafó y empezó a volar enloquecida por adentro de la celda. Pegaba alaridos tan fuertes que todos los presos se escandalizaron. Enseguida vinieron los guardias. Cuando vieron lo que pasaba,

abrieron la reja y lo obligaron a que dejara en paz al pobre animal. Él les explicó que no quería hacerle daño, les juraba que el bicho se había metido por su propia cuenta y que sólo pensaba ayudarlo. Por supuesto, no le creyeron, y como tantas veces, le dieron una flor de paliza, que lo dejó maltrecho por varios días. Cuando sacaron a la gaviota por el pasillo, pude verla bien. Quizás, yo estaba muy sugestionado con todo este tema, porque realmente creí que me miraba fijo, como acusándome. Esa



noche lloré en silencio, y recé mucho, aunque estaba seguro que nada ni nadie oía mis oraciones.

Como castigo, le taparon la ventanita con unas maderas, y lo dejaron a oscuras. Era el comienzo de algo peor, que sufriríamos todos, porque pronto, el nuevo Alcaide ordenaría la construcción de muros para cerrar las celdas, en lugar de las rejas. Para entrar, pondrían puertas, con una abertura en la parte inferior, por donde pasarían platos y chatas a quienes no les estaba

permitido dejar el calabozo. A partir de ese momento, nuestra estadía en los pabellones transcurriría en una soledad casi absoluta. Era lo peor que podía pasarnos. Menos mal que durante el día siempre nos daban algo que hacer, nos mandaban a cortar leña o a trabajar en el pueblo. Ese era nuestro único consuelo. Perderlo, significaba prácticamente la muerte. Nadie toleraba el aislamiento.

Para Cayetano, las horas de celda se convertirían en una verdadera tortura.



Con la ventana tapada, ya no podría llevar a cabo la cacería de gaviotas. Debido a esto, le sobrevendrían terribles dolores de cabeza. Él decía que la única manera que tenía de aplacarlos era matando, cualquier cosa, lo que fuese.

Sus gritos eran estremecedores. Ni siquiera los golpes de los guardias podían controlarlo. Al principio, sentí lástima, y dormir me resultaba imposible. Pero con el tiempo, me fui acostumbrando. El paso de los años lo convirtió en un sonido más adentro del ruido nocturno, y

ya no le presté tanta atención. Era una voz que se mezclaba con el viento, con el oleaje del mar en el Canal de Beagle, hasta que todos sus detalles se borrarán.

Aquella gaviota habrá sido uno de los pocos seres vivos que consiguió salir de allí. Para nosotros, en cambio, la libertad era apenas un sueño, por más que en una situación como esa, lo natural es que el hombre busque día y noche la manera de escaparse, haga planes y estudie todas las posibilidades. Quien haya estado preso, sabe bien de lo que



hablo. Pero aquella jaula era a prueba de fugas. No tanto por su fortificación, ni por su vigilancia, sino por la propia naturaleza que la rodeaba, hostil como ninguna, hecha de kilómetros de hielo, nieve y bosque, imposibles de atravesar. Por eso, La Cárcel del Fin del Mundo no tenía muros de circunvalación para rodear los pabellones. Los pocos que trataban de escapar, morían en el intento o eran atrapados nuevamente. Apenas encendían un fuego en la montaña, los encontraban los gendarmes. El frío y el

hambre los obligaba a desistir, y muchos trataban de ser capturados a propósito.

El Oreja fue uno de esos fugitivos, aunque su aventura duró menos de dos horas. De este hecho, no se enteró casi nadie, salvo yo y otro recluso al que le decían Sarampión, porque tenía la cara picada y llena de granos.

Volvíamos en el trencito, después de haber cortado lenguas toda la mañana. En la mitad del viaje, un guardia entró en nuestro vagón y le dijo algo en el oído a un compañero, que hacía de



vigilante. Este último, mirando a todos, nos señaló a nosotros tres. Sacó la llavecita y nos quitó los grilletes. Después, nos ordenó que fuéramos rápido a la parte trasera a buscar leña y la lleváramos a la locomotora, porque se estaba acabando.

Obedecimos enseguida. Cruzamos un par de vagones, y al llegar al último, El Oreja, que iba delante nuestro, desapareció de repente, por un costado. Se había tirado, casi en un acto reflejo, por un tajo que rajaba el fuelle del lado derecho.

Sarampión y yo nos quedamos inmóviles, mirando hipnotizados la hendidura. Por un momento, la idea de saltar casi me empuja a mí también. Pero en un raptó de conciencia, retrocedí. Era inútil. Tarde o temprano me encontrarían y entonces sí que iba a pagarlo muy caro.

Decidimos juntar leña, tal como nos habían ordenado, y fuimos hacia la locomotora. Estábamos preocupados. Temíamos que los guardias, cuando se dieran cuenta, se la agarraran con nosotros.



Ellos eran muy bravos, hombres contratados especialmente para ese trabajo, que habían sido importados de Italia y Yugoslavia. Hablarles no tenía sentido. Apenas entendían el castellano. Su idioma era el garrote.

Pasamos de nuevo los vagones y llegamos a la máquina. Allí se habían reunido los guardias y el maquinista. Algo andaba mal, y decidieron parar la formación. Esto fue una suerte para nosotros, porque todos estaban distraídos y no nos prestaron atención. Entregamos

la leña y volvimos a nuestros lugares. Tan pendientes estaban del tren, que nadie notó la ausencia de Cayetano.

Habremos estado allí más o menos una hora, hasta que pudieron arreglarlo. La mayoría de los presos dormía. Despacio, recorrimos los tres kilómetros que faltaban. Al llegar, nos mandaron al comedor. Algunos guardias se quedaron revisando la locomotora. Todavía nadie se daba cuenta de la fuga, pero esto no duraría mucho tiempo, porque en el almuerzo cada uno tenía



su propio lugar, y El Oreja, obviamente, brillaría por su ausencia.

Pero cuando entramos a la sala, nos llevamos una gran sorpresa. El Oreja estaba sentado de lo más campante, junto al resto de los presos que no salieron a trabajar, esperando que le sirvieran la comida. Había vuelto por su propia voluntad.

Más que un escape, lo suyo fue un paseo. Quién sabe qué cosas se le cruzaron por la cabeza allá en el bosque, a la hora de elegir un rumbo. Lo imagino

buscando ratones y pájaros, para satisfacer sus deseos. Quizás, simplemente caminó, sin pensar en nada, siguiendo la vía hasta el final. Entonces, se encontró con su casa, ese lugar donde dormía y comía, y entró, igual que un animal acostumbrado a la jaula.

Lograrlo no le habrá resultado difícil, debido a la falta de murallas. Además, en aquella época muchos presos iban y venían del pueblo. Era muy común. Hacían mandados, o trabajaban arreglando cosas en la calle. Los presos políti-



cos, por ejemplo, tenían permiso para dormir en las casas. Había hosterías especiales para reclusos, que cobraban cinco pesos la noche. Por eso, si alguien lo vio entrar, no tuvo por qué haberse sorprendido. La verdadera vigilancia era el conteo de la mañana y de la noche, y la verdadera cárcel no eran nuestros pabellones sino Ushuaia toda, su cielo, su bosque, su nieve, y, especialmente, su pueblo, con quien teníamos una relación cada vez más estrecha.

Al principio, hacíamos trabajos con-

vencionales, como el barrido de las calles y la tala de árboles, pero con el tiempo, los pobladores se fueron aprovechando de nosotros, y exigieron nuestros servicios para todo tipo de tareas, especialmente las pesadas o sucias, que ellos no querían hacer. Poco a poco, pasamos de la vía pública a trabajar al servicio de las familias, que solicitaban nuestra presencia en el interior de sus casas, para que les limpiáramos las letrinas y las chimeneas.

A los presos nos costaba un esfuerzo



enorme movernos en esos espacios tan reducidos, de ambientes domésticos, porque jamás nos quitaban las cadenas, y muchas veces nos caíamos.

Al finalizar el trabajo, los vecinos informaban a los guardias sobre nuestro desempeño. Si dejábamos una mancha, o si la grasa no salía del todo, nos daban de cachiporras delante de la gente. Era de lo más degradante. Y ni hablar de la paliza que nos daban cuando rayábamos un mueble o rompíamos algo.

Pero la peor humillación de todas, la

padeceríamos cada domingo. Al Alcalde y al Intendente se les ocurrió que ese día los presos teníamos que salir a desfilas a la calle, para divertir a la población. Como en ese pueblo de mala muerte no había nada para hacer, la idea fue celebrada por todos, y pronto, nos pusieron a ensayar.

A unos les tocó vestirse de payasos; a otros, que tenían habilidades con las manos, les pidieron que hicieran malabares. El desfile incluía un coro y una banda de música. El Oreja y yo fuimos



a parar a este último grupo. A mí me dieron la flauta dulce y a Cayetano le encargaron que tocara el bombo. Lógicamente, tuvieron que liberarnos las manos, no así los pies, que debían seguir encadenados.

Recuerdo el primer desfile como si fuera hoy. Había tanta expectativa que la calle estaba repleta. A los vecinos de Ushuaia se sumaron contingentes de Río Grande y Punta Arenas. Había gente hasta arriba de los techos. Era un día soleado de octubre.

El espectáculo empezó puntualmente, a las cuatro de la tarde. Bajamos la rampa de la cárcel y caminamos hasta la avenida principal. Allí, dos hileras de gendarmes marcaban la entrada. Unos metros después, la calle se había convertido en una especie de túnel, hecho de guirnaldas y sogas cruzadas donde colgaban papelitos y globos.

Era un carnaval patético. Los presos de adelante estaban disfrazados de granaderos, aunque en vez de ir a caballo, marchaban como lo que eran: una in-



fantería encadenada. Entramos cantando la Marcha de San Lorenzo. La gente nos aplaudía.

Cuando pasamos los músicos, todo el mundo señalaba a Cayetano, por ser uno de los presos más famosos. Paradójicamente, era el favorito de los chicos, que lo saludaban eufóricos, subidos a los hombros de sus padres para verlo mejor. El Oreja parecía contento. Tocaba el bombo con fuerza y gracia. Su cuerpito se movía rítmicamente, y las orejas aleteaban. Una mueca extraña,

que no le había visto antes, le transformaba la cara. Tenía los ojos tan agrandados que daban la impresión de salirse. Es que tantos chicos en el público lo estarían volviendo loco. Era como servirle un banquete a un muerto de hambre. Si tan solo le hubiesen quitado las cadenas un rato y permitido caminar por allí con cualquiera de ellos, en callecitas interiores, sin que nadie los molestase; él, amablemente, le hubiera regalado al niño elegido un par de caramelos para entrar en confianza y lle-



varlo después, tomándolo de la mano, hasta algún potrero perdido, como lo eran aquellos baldíos de su adolescencia, en el barrio de Boedo. Entre besos y mimos, lo hubiese ahorcado de golpe con el cordón del zapato, despacito, observando en todo momento esos ojos que se irían cerrando, esa boca que se quedaría sin aire, esa cara que se volvería morada.

Cuando el desfile terminó, el Cura Párroco, en nombre de toda la comunidad, le entregó al Alcaide de la Cárcel

un regalo para nosotros, como premio a nuestra labor. Era una caja forrada y con moño. Al abrirla, salieron caminando dos gatitos, uno negro y otro gris. El Cura nos contó que se llamaban Pedro y Pablo, porque habían nacido justo el día de esos santos, el 29 de junio pasado, en el jardín de atrás de la Iglesia. Ahora se convertirían en las mascotas de los presos. Realmente, eran dos animales preciosos. Verlos enternecía a cualquiera, inclusive al Oreja, que los miraba fijo, y sonreía.



Durante los meses siguientes, nuevos sonidos se oyeron en la Cárcel del Fin del Mundo. Eran las voces de San Pedro y San Pablo. Así empezamos a llamarlos.

Aparecían y desaparecían por los rincones. A la noche, sobre todo, les gustaba maullar largo tiempo cerca de los barriles con brasas, en las puntas de los pasillos. Allí sus notas eran más agudas, como el llanto de los recién nacidos.

Dicen que en algunas religiones, los gatos son guardianes de los muertos. No sé si será verdad. Es cuestión de

la fe de cada uno, supongo. Pero para nosotros fue cierto muchas noches, cuando los escuchábamos ir y venir a su antojo, entre aquellas celdas que parecían catacumbas.

Cada recluso forjó con ellos una amistad particular. Su compañía era deseada por todos. De alguna forma, la presencia de esos animales era curativa. El más cariñoso era San Pablo, siempre pidiendo mimos a cualquiera. San Pedro, en cambio, era temperamental, no le gustaba mucho que lo tocasen, y



era desconfiado a la hora de elegir sus amistades. Conmigo se llevaba bien, porque yo no lo molestaba. Simplemente, pasábamos el rato, mirándonos a los ojos. A veces, me buscaba en el comedor y se echaba cerca de mis pies. Entonces, yo le daba alguna galletita.

A Cayetano lo tenían vigilado, para que no se les acercara. Además, le hicieron jurar, delante de todos, que nunca les haría daño. El Alcaide confiaba en que El Oreja cumpliría su palabra, porque hacía tiempo que no cau-

saba problemas.

Una tarde, estábamos en el comedor esperando que nos sirvieran el mate cocido, cuando El Místico, uno de los presos que más pesaba ahí adentro, armó un escándalo bárbaro porque San Pablo no aparecía por ningún lado y a esa hora siempre estaba con él. Al buscar en el salón, notamos otra falta: la silla del Oreja estaba vacía.

Todos nos pusimos nerviosos y salimos rápido a buscar, por los pasillos, la cocina y los baños. El Místico estaba



hecho una fiera.

De pronto, empezaron a oírse gritos en el lavadero. Parece que los habían encontrado. Fuimos para allá. Al llegar, los guardias rodeaban al Oreja. Trataban de impedir que la turba lo linchara. Es que lo habían agarrado con las manos en la masa, que en este caso, era el cogote de San Pablo.

Por suerte, quienes lo encontraron, llegaron a tiempo, y el gato sobrevivió. Aún así, muchos juraron venganza, especialmente El Místico, que decía que,

cuando tuviera una oportunidad, iba a cortarlo en pedacitos.

Escucharlo daba miedo, sobre todo, teniendo en cuenta sus antecedentes. Su verdadero nombre era Mateo. Había sido un chacarero importante de la zona de Azul y Olavarría. Lo condenaron a reclusión perpetua después de haber matado a ocho personas: su familia completa y dos peones. En la cárcel le decíamos El Místico porque era un fanático religioso. Su caso fue tan famoso como el de Cayetano, hasta le compu-



sieron un tango: “Mateocho”.

A partir de ese momento, El Oreja iba a permanecer aislado. Le quitaron la posibilidad de trabajar y lo sacaron de la banda de música. Pasaba el día entero adentro de la celda. Si salía a comer, lo hacía en un turno diferente al de El Místico, para que no se cruzaran.

Unos meses después, ocurrió algo novedoso: varios médicos, acompañados por un fotógrafo, llegaron especialmente de Buenos Aires para ver al Oreja. Venían por orden de un Juez y

tenían permiso del Alcaide, que ya había sido notificado por carta, para hacerle a Cayetano una de las primeras cirugías estéticas del país. Pensaban achatarle las orejas, porque decían que, probablemente, allí radicaba la causa de su maldad.

De la noticia se enteró todo el mundo. El diario de Ushuaia publicó una nota, que fue leída en voz alta en el comedor. Hablaba científicamente de la relación entre el cuerpo y la mente del criminal. Decía que, si los médicos tenían éxito,



era posible que les hicieran lo mismo a otros presos.

En la cárcel nos pusimos paranoicos. Nos mirábamos en el espejo a cada rato, o nos comparábamos entre nosotros. Especulábamos sobre la forma que tenía la nariz de cada uno, nos revisábamos las extensiones de las orejas, el tamaño de la cabeza y de las manos, y tomábamos medidas de los penes.

Todo quería decir algo. Si la nariz era chata o aguileña, si la oreja era pegada o despegada, si las palmas tenían rayas

suaves o profundas, eran rasgos que había que tener en cuenta. Estábamos tan sugestionados, que nos parecía comprobar el mismo tipo de personalidad en los presos que se parecían físicamente.

Algunos tenían miedo de que experimentasen con ellos, pero unos cuantos estaban contentos, y decidieron armar una lista de voluntarios para entregar al Alcaide. Creían que, si les corregían el aspecto físico, podrían pedir el indulto, o, al menos, la libertad condicional.



La operación fue hecha en la misma enfermería de la cárcel, y duró varias horas. Al terminar, los guardias informaron el resultado a los internos, que querían saber a toda costa lo que pasaba. Aparentemente, todo había salido bien, y ahora había que esperar la evolución.

Por pedido de los médicos, Cayetano fue liberado del aislamiento, y sus castigos suspendidos. Pronto, se reincorporaría al trabajo y a la banda de música. A los presos, nos pidieron expresamente que no lo maltratáramos, porque era

importante que el tiempo postoperatorio transcurriera en un clima de afecto y amabilidad.

La verdad es que hacer un pedido semejante a tantos hombres sin escrúpulos, como los que habitaban la cárcel de Ushuaia, era, por lo menos, ridículo. Sin embargo, en este caso colaboró la mayoría, porque querían ser operados, inclusive El Místico, que figuraba en la lista de voluntarios y por eso prometió no vengarse, todavía, del maltrato que había sufrido el gatito San Pablo.



Una semana después de que lo operaran, Cayetano apareció en el almuerzo. Avanzó entre las mesas, con la cabeza gacha, y se sentó en su lugar. Era el centro de las miradas. Las orejas se habían achicado notoriamente y eso le daba una apariencia distinta a toda la cara. Algunos decían que seguro le habían retocado otras partes del cuerpo, puntos claves donde se concentraba la maldad.

Durante un tiempo, presos y guardias estuvieron pendientes de su conducta. El Oreja se estaba regenerando. La

principal prueba de ello era que, aunque le habían destapado la ventanita de la celda, no había intentado lastimar a ninguna gaviota. Además, se portaba bien y estaba más conversador que antes de la operación.

Varios presos fueron a la Alcaldía para pedir la revisión médica. Querían ser operados cuanto antes. El Alcaide les contestó que había que esperar un poco más, que en dos semanas volverían los médicos de Buenos Aires a hacerle estudios a Cayetano. En una



de esas, le daban el alta y entonces sí, empezarían nuevos tratamientos. Iban a ser días de mucha expectativa.

Una de esas mañanas, me tocó limpiar las canaletas de los desagües de afuera, al pie de las paredes. Había que sacarles las hojas y juntarlas aparte, para quemarlas. Era un trabajo agradable. Además, el cielo estaba despejado y el sol iluminaba con fuerza. Al pasar por el costado de mi pabellón, noté algo raro, unos puntitos blancos que brillaban, dispersos sobre la tierra. Cuando

me acerqué para ver mejor, me llevé una gran sorpresa: eran migas de pan. Justo arriba, una ventana permanecía entreabierta, a la altura de la celda número 90. Mordí una miga, y descubrí que se trataba de pan fresco.

Apuré el trabajo y entré de nuevo. En la sala, todos estaban nerviosos, hablando en voz baja. Del murmullo, podía entenderse una única palabra, susurrada hasta el cansancio: oreja, oreja, oreja.

En el amontonamiento, lo encontré a Sarampión. Estaba pálido. Me dijo que



lo siguiera. Con esfuerzo, avanzamos por el pasillo entre los presos, que se apretaban para ver. Cuando por fin llegamos a la cocina, encontramos una escena dantesca.

El piso estaba cubierto de sangre y tripas, de dos o tres gaviotas descuartizadas. En el aire, todavía volaban sus plumas. Entre ellas, un cuerpecito oscilaba igual que el péndulo de un reloj. Era San Pablo ahorcado, colgando de una viga. Sus ojos sobresalidos y vidriosos miraban al techo. Debajo de él, otro

bulto, color negro profundo, echaba humo tendido en la bandeja de la panadería. Era San Pedro quemado, junto al horno todavía encendido. Sus garras en punta se clavaban a la chapa.

Un preso dijo haber visto a Cayetano lavándose en uno de los baños. Fuimos todos para allá, con El Místico a la cabeza. Los guardias se mantenían pasivos. Tiempo después, nos enteramos que esto fue por orden del Alcaide, que habiéndose hartado de El Oreja, lo abandonaba a su suerte.



Cuando entramos al baño, la avalancha me aplastó contra las piletas. A tres metros, una lluvia de patadas y trompadas caía sobre el cuerpo arrinconado de El Oreja. Era el comienzo de un castigo casi interminable. En un momento, me acerqué más. En medio del charco de sangre, una masa hinchada, boca abajo, en partes dura, en partes flácida, quebrada a cada momento, crujía igual que la leña que solíamos hachar en los bosques de Lapataia, se le salían los huesos entre los músculos, como si fuera una

bolsa de papas abierta, no decía nada, porque era una masa desmayada, soñando lejos.

Primero, lo pateé tímidamente, en la cadera. Después, me fui soltando, y lo castigué en todas partes, a la par de mis compañeros. No recuerdo bien cuánto tiempo pasó hasta que nos cansamos de pegarle, pero en un momento todos tomamos distancia. El pobre diablo parecía muerto. Sin embargo, todavía no le había llegado la hora, porque milagrosamente sobrevivió.



Fue internado en la enfermería, donde estuvo varios meses. Cuando la dejó, lo encerraron de nuevo en el calabozo, y allí se quedó hasta el último día de su vida, pues jamás volvió a salir, ni al comedor, ni al trabajo. El único contacto humano que tuvo en ese tiempo, fue la mano del guardia que le pasaba comida, a través de la abertura inferior de la puerta. El resto de las horas permanecía aislado, sin hablar con nadie, en completa oscuridad.

Dicen que jamás se curó totalmente

de la paliza. Las heridas internas lo tuvieron a mal traer y finalmente le causaron la muerte, un día de noviembre de 1944. Tres años después, el General Perón cerraría la cárcel, por “razones humanitarias”.

Cuando removieron el cementerio, el cuerpo del Oreja no estaba más. Quizás, alguien había cumplido aquella amenaza de El Místico, de cortarlo en pedacitos, pues lo único que apareció de sus restos fue el fémur. Lo usaba la esposa del Alcaide, como pisapapeles.



A mí me trasladaron a la Penitenciaría Nacional, y poco tiempo después me liberaron, aunque la libertad no me la dieron nunca, porque jamás pude sentirla. Si existe, es una sensación que no tiene movimiento, ha sido congelada como la memoria de aquel día, cuando murió Cayetano. Era primavera, pero nevó como pocas veces. Yo estaba en mi celda, mirando a través de la ventanita. Los copos blanqueaban el canal, los bosques y las casas de Ushuaia. De repente, una voz en el pasillo dijo: “se

murió El Oreja”. Enseguida, algo vibró. Es que la voz, como todo lo que sonaba en ese pabellón, producía un eco. “El Oreja”, entonces retumbó. Después, reinó un silencio absoluto. No recuerdo haber sentido tristeza o alegría, mi mente estaba en blanco, tanto adentro como afuera, porque la nevada me había hipnotizado, mientras caía, cada vez más, sobre el Fin del Mundo.





AGUJEROS DE AGUA



*Más tarde o más temprano, estoy aquí
para que mi temor se cumpla.*

Olga Orozco

Mi nombre es Julio Lucián.

Vivo todo el día encerrado porque padezco una enfermedad. Lo más grave está en las manos. Las ampollas me llegan hasta las muñecas y en las palmas no tengo piel. En la izquierda la carne está carcomida y puede verse un peda-

zo de hueso.

Llevo años de tratamiento pero me siento cada vez peor. Ahora prefiero estar en casa. Odio los hospitales.

Renuncié al trabajo hace seis meses. No quiero que me vean. El tiempo pasa y la descomposición progresa.

Sé que tengo las palabras, pero no es suficiente; acá solo, en el departamento, recluido las veinticuatro horas, daría lo mismo que fuese mudo. A María no la veo más. Ella fue mi novia.

El portero, una de las pocas personas



con las que mantenía un mínimo trato, no me habla desde la inundación. Siento que desconozco a la gente.

Llevo las manos siempre vendadas. Debo evitar que entren en contacto con el aire y particularmente con el agua.

El médico dijo que prefería ser honesto.

—No hay nada que yo pueda hacer.

Después agregó que el problema necesitaba atención especial.

—¿Qué atención es esa?

Entonces habló de ellos. Me expli-

có que trabajan a nivel celular, con la sangre.

Le dije que estaba dispuesto a probar lo que fuera porque ya no aguantaba más esta situación, pero que no sabía cómo hacer para contactarlos.

—Yo me puedo encargar, sólo necesito tu aprobación.

Remarcó que era fundamental ser reservados. Acepté inmediatamente. Prometió anotarme en una lista, pero insistió en que tuviera paciencia, porque había muchas personas interesadas.

©

Ayer escuché unas voces en las escaleras y pensé que venían a verme, pero al final siguieron de largo. Habrán atendido a otro del edificio, quizás al viejo del segundo “C”, porque no se oye más. Cada mañana se lamentaba puntualmente, a partir de las ocho, gritando: “¡No puede ser! ¡No puede ser!”. En cambio ahora todo se llenó de silencio.

El médico dijo que quizás vendrían de noche, que estuviera alerta. No le pregunté por qué, supongo que eligen esos horarios para no ser vistos.

Mientras espero, trato de conseguir más información. Por eso le presto atención a las cosas que dicen en la radio. Sospecho que puede haber mensajes.

Estoy buscando la llave de la puerta del patio. Seguro la perdí en un lugar ridículo, en el baño o adentro de las alacenas. Quiero abrirla porque es probable que decidan meterse por ahí. Yo vivo en el primero, contrafrente, y mi patio limita con un baldío. La pared no es muy alta. Ellos pueden saltar, que nadie se va a dar cuenta, sobre todo si es

©

de noche, y entrar por la cocina. Allí los voy a esperar a partir de hoy. El lugar es perfecto porque domino la entrada del patio y por el pasillo veo la puerta principal. Las luces de la casa van a estar apagadas. Es más discreto.

Pensé en poner una vela encendida junto a mí y otra encima de una silla en el hall, para alumbrar la puerta. Son dos velas por noche. Tengo un paquete de doce. Es decir que este método va a funcionar nada más que seis días. Si no vienen en ese plazo voy a tener que

inventar otra cosa.

Es importante que duerma la siesta, para que pueda mantenerme despierto a la noche. Nunca me gustó dormir a la tarde porque la comida me cae mal. Pero en esta época almuerzo generalmente fideos y atún natural, y no es pesado. En los armarios guardo una buena cantidad de alimentos no perecederos, un montón de latas y galletitas de agua. Hace tiempo hice una compra grande, así no tengo que salir a la calle.

Cuando era chico, me obligaban a



dormir la siesta en Navidad y en Año Nuevo, pero yo nunca podía y me la pasaba jugando.

Tengo que explicar por qué está enojado conmigo el portero. Resulta que hace más o menos un mes olvidé el lavarropas prendido y se trabó en la descarga. La manguera se salió de la rejilla y quedó apuntando hacia la puerta de servicio. Corrió tanta agua que se inundó el pasillo, hizo cataratas por la escalera y por el hueco del ascensor y entró en el palier y un poco en la cochera.

Dijo que lo mío había llegado al límite.

¡No decía! ¡Acá están! Al lado del cepillo dental. ¿Por qué razón puse la llave del patio en el baño? Estas cosas no pasan porque sí. Me acuerdo de papá. Era tan distraído que una vez entró con el paraguas abierto a un supermercado. Fue una tarde que llovía. Estuvo caminando entre las góndolas como diez minutos, con el paraguas levantado. Dicen que la gente lo miraba pero que nadie dijo nada. Al final se dio cuenta solo. Es una anécdota que siempre recordaban



en las fiestas familiares. Todos se reían. A papá no parecía importarle. Es evidente que salí más a él que a mi madre. ¿Ellos lo tomarán en cuenta cuando me atiendan? ¿El factor genético? Los dos fallecieron hace tiempo. Primero mi padre y a los pocos meses mi madre. Estuvieron casados cuarenta y dos años. Y se murieron casi simultáneamente.

Tengo hambre. Voy a abrir una lata.

En esta casa hay olor a tierra mojada. Debe ser la humedad de las paredes mezcladas con el polvo.

En la radio dan una noticia curiosa. Dicen que en Estados Unidos un bombero recuperó la memoria después de diez años de amnesia. Tuvo un accidente en un incendio y pasó veintiún minutos sin respirar. Lo revivieron y durante dos meses estuvo en coma. Cuando se despertó no reconocía a los familiares ni a los amigos. Además perdió la vista y el habla. Ayer, después de cumplirse una década de esta situación, de golpe comenzó a charlar con la esposa. Habló durante catorce horas. Mucha gen-



te de todo el mundo está interesada en el caso. Ahora el hombre duerme. Hay expectativa por ver cómo se comporta una vez que se despierte. Eso es todo. Pasan una cortina musical.

Fueron ellos, no hay duda. Si el caso es verdadero o falso, no importa tanto como el mensaje. Habrá que pensarlo. “Veintiún minutos”, “dos meses”, “una década”, “catorce horas”. Es posible que ellos estén dando turnos. ¿Pero cómo puedo saber cuál es el mío?

Por las dudas voy a espiar qué está

pasando en el patio, aunque es difícil que “veintiún minutos” se refiera a mí, porque acá todavía no es de noche. ¿Y si fuera “una década”? No creo. La descomposición avanza rápido y no podría aguantar tanto tiempo. Ellos ya deben estar enterados. El médico lo habrá pasado en su informe. Pero él nunca habló de un informe, sólo de anotarme en una lista. Bueno, es sabido cómo son las cosas en Medicina. Siempre están escribiendo informes, historias clínicas, recetas. La salud es



un oficio muy burocrático.

Están golpeando el piso con un martillo o algo parecido. En realidad alguien golpea el techo de abajo, que vendría a ser la contracara de mi piso. Debe ser el portero trabajando en la cochera.

Cuando vivía con mis padres teníamos un vecino que se la pasaba arreglando su casa día y noche. No sé bien qué pretendía con eso. Hacía de todo, pero lo peor era el taladro. Nuestra casa retumbaba. No podíamos dormir. Lo amenazamos varias veces, pero no ha-

cía caso. No sé qué habrá sido de él. Si vive, debe estar agujereando la pared, revocando el techo, clavando clavos en horarios insólitos. Lo tuve muchos años de vecino pero desconozco su tipo. Puede tratarse tanto de un hombre trágico como de un hombre cómico. Esta ciudad produce ambos. Pero no todos son identificables.

¿Y si son ellos los que golpean? ¿Cómo no lo tuve en cuenta desde el principio? Porque es extraño que el portero trabaje en el horario del almuerzo. Él es muy



estricto con eso. Cuántas veces fui a pedirle alguna cosa y se disculpó diciendo “hablemos más tarde, ahora estoy comiendo”, o “no puedo atenderlo, estoy por dormir”, o “mañana me ocupo, ahora es tarde”. Es alguien muy respetuoso de sus actividades domésticas.

¡Pero el golpeteo tiene ritmo! No hay duda. Son series de tres. Es claro. Ahí va. Uno, dos, tres, silencio. Ahí va otra vez. Uno, dos, tres, silencio. Esto puede tener relación con los turnos que dieron en la radio.

¿Qué hora es? A ver: son las dos menos cinco. ¿Qué podrá significar?

Dos menos cinco... tres golpes... dos menos cinco es una y cincuenta y cinco...

En realidad sería trece y cincuenta y cinco. Un uno, un tres, un cinco y otro cinco. Uno más tres más cinco más cinco da catorce. ¡Catorce! ¿No es uno de los plazos que dieron en la radio? ¡Catorce horas! ¿Ese es mi turno entonces?

¿Pero las series de tres golpes qué quieren decir? A propósito de eso, ya no se escuchan. Deben saber que lo es-



toy descifrando. Lo tienen calculado.

Pero me falta el significado de los tres golpes. Quizás sea la contraseña que usarán cuando vengan. Golpearán tres veces la puerta. O el piso otra vez. Por qué no. Si lo hicieron recién pueden hacerlo de nuevo. Dentro de catorce horas golpearán tres veces en algún lugar de la casa. Será el momento. Exactamente a las tres y cincuenta y cinco de la mañana. Entonces entrarán.

Tengo que estar listo. ¿Tres y cincuenta y cinco? Tres como los golpes.

Cincuenta y cinco son dos cincos y sumados dan diez, como los diez que tiene una década. Como los años que estuvo el bombero con amnesia.

“Amnesia” tiene siete letras, la mitad de catorce. O podemos pensar que siete por dos da catorce. Dos, como los “dos meses” que el bombero estuvo inconsciente. Me parece que todo está relacionado.

“Catorce”, como las “catorce horas” que el bombero habló con su esposa, también tiene siete letras. Igual que la



palabra “amnesia”. “Catorce” y “amnesia” suman catorce letras. “Bombero” también tiene siete letras. Todo se repite. Debe ser una señal.

Las palabras “bombero”, “catorce” y “amnesia” suman veintiuno. ¡Como los minutos que el bombero estuvo sin respirar! Y son tres palabras. Como los golpes. Tres palabras simétricas, como el ritmo que tenía el golpeteo. Cada vez tengo menos dudas. Ellos golpearon a las dos menos cinco. Dos menos cinco es una resta y da menos tres. Otra vez

el tres. Se acercan. Es algo seguro. Está llegando mi turno.

Me espera una noche movida. Necesito descansar. Esta es la hora de máxima luz pero yo voy a acostarme.

Camino por el pasillo. La canilla del baño gotea. Extraño tocar el agua. Tocar. Hay cosas tiradas en el piso. La araña del zócalo está paralizada. Los días la encandilan.

Entro en el dormitorio. Las luces en la persiana pertenecen a otro mundo. De gente irreconocible. Que anda por



la calle.

Ya estoy adentro de la cama. Los muebles se convierten en figuras. La remera sobre la silla es un dibujo. Alguna vez fui un hombre alto. Los pies superaban el largo de este colchón. María dormía conmigo. Pero el cuerpo gotea y yo estoy secándome.

Voy a dormir la siesta. En un sueño de agua. Los deseos se burlan de mí. Dicen que puedo ser cualquier cosa. El aire es más pesado. La pieza se consume. ¿Quién esperará cuando yo duerma?

Las sábanas me raspan. Alguien está hablando en la vereda. Pero no reconozco el mensaje. Porque voy durmiendo.

El día está roto. Por unas horas. Tengo que creer en la siesta. Vivir como ella vive en los lugares alejados. Donde los animales nacen.

Hay que cerrar los ojos. Si alguien puede verme, le ofrezco lo que queda de mí, que lo lleve adonde quiera.

El tiempo es blando. La mano no responde. Se deshace en los pliegues de la tela. Los párpados se pegan a mis ojos.



La carne se derrite. Están llamando por teléfono. Cuesta creerlo. Cualquier sonido es extraño. Todo se desintegra pero la campanilla insiste.

Llaman cuando la cama está caliente. Ahora suena el timbre. Pero no voy a estar. No pretendan engañarme. No pueden ser ellos. Tampoco María. Son otros. Los que quieren mi casa. Decidieron aprovecharse. Hace tiempo que deambulan. Como las moscas del mediodía. Estoy alerta. El cuerpo se descompone pero yo sigo en pie. Él duerme

en la cama pero yo estoy despierto en el aire. Me arrastro por el techo a la velocidad de la luz y vigilo la propiedad.

No intenten embaucarme. Ningún detalle se escapa cuando salgo de pesca. Cuando él se desmenuza, yo tiro la línea más lejos.

Los vecinos murmuran en el pasillo. No saben que sus planes son inútiles. Porque el hermano del cuerpo está vivo. Dicen que un hombre recluido no puede subsistir, por eso creen que voy a morir. Pero yo no puedo morir.



El teléfono decidió callarse. Ahora es un sonido que se repite callado. En el futuro dirá una y otra vez su silabeo y me acompañará siempre. Mientras duerma o tenga el cuerpo despierto. En mis tareas y en la espera. Es como todo lo que alguna vez escuchamos. Pasa a formar parte del eco individual. Para hablar con otra persona hay que atravesarlo. Acercar el oído a la cerradura del eco.

Cuanto mayor es la edad, el eco se hace más fuerte, y las charlas más difíciles. Permanecemos encerrados en cuartos

acústicos. Pero yo no tengo que resolver conversaciones porque estoy solo.

Mi eco está compuesto de pocos sonidos. Aunque están multiplicados. Se oyen como la respiración. Es el aliento de dos o tres personas que recuerdo y de las cosas que todavía conservo. A veces se les ocurre charlar y darme nuevos sonidos, pero yo me resisto.

La tarde se está dando vuelta y en la persiana palidecen los brillos de luz. El tiempo pasa más rápido cuando el cuerpo duerme. Pronto oscurecerá.



Un hombre atraviesa el bosque. Puedo verlo en el sueño que está llegando. Las perspectivas le resultan imposibles, los árboles se multiplican, lo marean, bailan a su alrededor. ¿Qué noción conserva?

Hay figuras verdes, marrones y amarillas y todo es denso como una mancha de aceite. Viscosa. Pegajosa. Tornasolada. Nada es rectilíneo.

El hombre se toma la cabeza. Le duele. Se despierta. El cuerpo acumula movimiento y mueve un brazo. Abre los ojos.

Las figuras contra la pared se convierten en muebles. El dibujo es una remera sobre la silla. ¿Qué hora es? ¡Las dos de la mañana! ¿Cómo es posible? ¿Cuándo pasó eso? ¿Acaso dormí doce horas consecutivas?

Tengo que preparar todo para recibirlos a ellos. Faltan menos de dos horas. Hay que apurarse.

Me levanto de la cama. Los agujeros de la persiana son negros. La calle está silenciosa. Prendo la luz del techo. Hay cosas tiradas en el piso. La araña del zó-



calo no está. Camino por el pasillo. La puerta del baño está abierta. La canilla de la pileta gotea. Cruzo el living y entro en la cocina. Voy a calentar agua para hacerme un té.

El fuego azul de la hornalla se abre debajo de la pava. La casa está muda. Parece que piensa. ¿Qué ambiente alberga su cerebro? Tantas horas acá adentro me dieron la certeza de que ella ostenta sobre mí una clara superioridad.

Lo peor es cuando se aburre y deja de escucharme. Uno deja de percibir su

compañía y la intuye enmascarada tras las paredes y las puertas que le dan esa falsa apariencia de cosa, pero sé muy bien que ella está en algún lado, viva y coleando, buscando lo de siempre, la maldita diversión.

Su sentido del humor es bastante perverso. A la mañana, por ejemplo, cuando me levanto, se aprovecha de que estoy medio dormido y cambia las cosas de lugar. Sabe que eso me pone nervioso, pero cuanto más me quejo, más lo hace. Siempre termino por resignarme



y trato de ocultar mi mala cara, para que sus bromas no empeoren.

Voy a apagar las luces y a prender las velas como tenía planeado. Cada vez falta menos. Debo mover las manos con cuidado. Es notable la flojedad de mis dedos debajo de las vendas y tengo miedo de perder alguno si hago movimientos bruscos.

Estos minutos que me tocan son de larga duración. Semejante lentitud pone los pelos de punta. Hace frío. Las luces eléctricas están apagadas y las velas

encendidas. La casa sigue muda. Estoy sentado en la cocina, pensando si prendo o no prendo la radio. Ellos podrían dar nuevos mensajes, quizás algún dato sobre la evolución del bombero, un plazo o una palabra que me involucre.

Pero mejor dejo todo como está. Conviene más el silencio y estar atento a la contraseña. La radio podría distraerme de los sonidos importantes.

No quiero mirar la luz de la vela porque me hipnotiza. Algo debe estar por pasar y no puedo perdérmelo.



La pared del fondo del patio proyecta una sombra que me preocupa porque allí soy ciego y ya es tarde para improvisar una forma de control. Si al menos tuviera una linterna.

Por suerte no hay ninguna al alcance. Hubiera sido un grave error alumbrar el patio. Ellos podrían confundirme con un hombre de seguridad.

¿Qué hora es? ¡Qué idiota! Olvidé traer el reloj a la cocina. Debe estar en la mesa del living. ¿Voy a buscarlo? Bajo ningún punto de vista. Tendré que cal-

cular el tiempo. No es momento para abandonar el puesto.

Nunca estoy despierto hasta tan tarde. Son interesantes las cosas que pasan. Oigo los bichos nocturnos deambulando por el patio y el crujir de los árboles en la calle. El viento no es muy fuerte pero cada ráfaga de brisa contra los edificios tiene la fuerza suficiente para producir una amplia gama de ruidos.

¿Y eso qué fue?

¡Están golpeando! ¡Lo sabía! Tiene que ser la contraseña. Pero viene del te-



cho. ¿Cómo es posible? ¿Habrán alquilado el departamento de arriba?

El golpeteo tiene ritmo. No es igual al de la tarde pero son múltiplos de tres, es evidente.

Me pongo de pie. Voy al living y miro el reloj. Son exactamente las tres y cincuenta y cinco de la mañana. Es imposible que sea casualidad. No hay duda. Todo cierra. Esos golpes se dirigen a mí. Es la única verdad. ¿Pero qué tengo que hacer al respecto?

No sé si conviene seguir esperando.

Supongo que si quisieran atenderme en mi casa hubieran golpeado la puerta o tocado el timbre cierta cantidad de veces, pero en cambio siguen golpeando mi techo, el piso de arriba, para ser más preciso. Me están llamando.

Alquilaron el 2° A. Habrán montado una especie de consultorio o sala de operaciones. Claro, cómo no pensé en eso. Deben usar instrumentos y tecnología difícil de transportar. Pensar que podían traer todo a mi casa, como si se tratara del maletín de un simple médico, fue i-



diota. Ellos son científicos. Hacen experimentos. Necesitan espacio para su laboratorio.

Hay que ser valiente, Julio. Tenés que salir de la casa y subir. No lo pienses más. Los golpes insisten. Te llaman desde arriba.

Abro la puerta y salgo. Ya perdí la cuenta del tiempo que pasó desde la última vez que lo hice. El corazón late a toda velocidad. En el corredor hace más frío. Subo las escaleras despacio. Nadie debe oírme salvo ellos.

Camino el segundo piso hacia la puerta del A. Todo es oscuro pero allí la luz está prendida. Asoma por abajo de la puerta. Estarán preparando sus cosas.

¿Qué hago? Es conveniente que golpee tres veces. Así sabrán que soy yo. Pero antes miraré por el agujero de la cerradura.

Estoy detrás de la puerta, me agacho.

Veo a mis vecinos desnudos arriba de la mesa del living. Tienen sexo. Estoy desconcertado.

Se zarandean y mueven la mesa con



un ritmo impecable. Ella está arriba de él. Son sanos.

¿Que estoy viendo?

Ellos están ahí. Por contraste yo debo ser la pared, los muebles o cualquier lugar visible del ambiente.

Voy cayendo en un pozo donde el cuerpo tiene cualquier forma, compuesta o descompuesta da lo mismo, porque ahora lo único que importa no es la geometría sino el movimiento a través del hueco.

Saco el ojo y vuelvo a la oscuridad.

Tengo que pensar en esto más tranquilo, en el departamento, y hacer nuevos planes. Esperaré a ver qué pasa mañana. Camino otra vez hacia la escalera.

Me doy vuelta un momento. En la negrura del edificio brilla una luz pequeña que hipnotiza la conciencia. Ahora gritan. Mirá, mirá otra vez, Julio.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

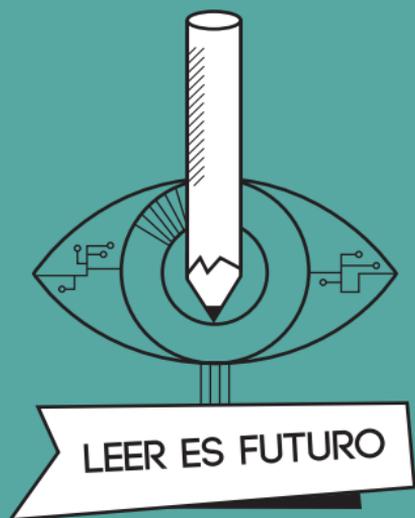
JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS

SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina